

PAGINA PEDAGOGICA

CARTAS INFANTILES

ADVERTENCIA EDITORIAL

Responde esta publicación a las reiteradas demandas de profesores amigos, que notaban la falta de un *Primer Manuscrito*, entre las publicaciones de nuestra biblioteca.

Su autor, buen observador, ha tomado como protagonistas dos niños, uno influido directamente por una educación modernizada; otro, menor, que recibe la sugestión del primero, y ambos, con ingenuidad infantil, tratan, en una correspondencia continuada, cuestiones importantes que resuelven con sencillez y buen sentido, como las resolverían todos los hombres y todas las mujeres si no opusieran graves obstáculos las preocupaciones, los convencionalismos y la rutina.

En este libro, como en los que hemos publicado anteriormente, seguimos nuestro propósito emancipador, prescindiendo de ideas de lucro, de agio, de indebido acatamiento a categorías sociales fundadas sobre la desigualdad privilegiada, a la vez que rechazando dogmas invalidados por la ciencia. Trabajamos para fundar una sociedad de paz y bienestar, y, a este fin, recurrimos al silencio o a la implacable crítica razonada contra todo lo que sustenta aún el regimen actual de hipocresía e injusticia.

A la correspondencia, que no permite variedad de caracteres, añadimos una colección de dictados escogidos entre los que se han hecho en la «Escuela Moderna» durante el anterior año escolar, lo que permite variar algo la escritura, siempre fácil, como corresponde a un primer libro de lectura manuscrita, quedando para las dificultades de la escritura ordinaria el *Cuaderno Manuscrito* anteriormente publicado.

Al complacer a nuestros profesores y facilitar la instrucción y la educación de la infancia con esta nueva producción, de conformidad con nuestros deseos y nuestros medios, queremos y creemos ser precursores de la regenerada sociedad del porvenir.

CORRESPONDENCIA ESCOLAR

Pablo Moller y Antonio Valdés son amigos hace ya mucho tiempo.

Habitan en la misma casa en Barcelona y van a una misma escuela, aunque asisten a clases diferentes, porque Pablo tiene diez años y Antonio no tiene más que ocho.

Mas la familia Moller se ve precisada a ir a París, donde la reclaman sus asuntos, y los dos amigos, obligados a separarse, se despiden con la esperanza de verse después, dentro de dos o tres años quizá.

Esta separación les entristece, pero son bastante razonables para hacerse cargo de que el sér humano no ha de permanecer como un vegetal, sujeto al suelo donde ha nacido, y comprenden además que los viajes, por la vista de países diferentes, dan curso a las ideas y desarrollan el entendimiento.

Para conservar su amistad y sacar provecho de las circunstancias, se prometen escribirse regularmente: Pablo explicará a su amigo lo que vea y aprenda en Francia; Antonio referirá al joven viajero lo que suceda en Barcelona.

Los dos amigos cumplen su palabra, como lo demuestra la correspondencia cambiada entre ambos, que reproducimos a continuación:

I

París, 1º de marzo de 1904.

Mi querido Antonio:

¡Qué hermosa invención la de la escritura! Yo hubiera en verdad sufrido mucho a no poder referirte cuanto he visto desde el momento en que nos separamos en la estación de Barcelona.

Se iba cómodamente en nuestro vagón de primera clase, bien calentado y donde nos encontrábamos a gusto, porque además de papá, mamá y yo, sólo había un viajero, un joven que siempre leía. Considerando que al exterior hacía mucho frío, pensaba yo que no se iría tan bien en tercera clase, en los vagones no calentados, donde los viajeros no ricos iban apilados unos sobre otros como sardinas en cuba.

Al acercarnos a la frontera se sentía aumentarse el frío cada vez que se abría la portezuela. En Figueras el aire era glacial, debido a la proximidad de los Pirineos. Esas montañas que, como sabes, se ex-

tienden entre Francia y España, en una gran cordillera, desde el Mediterráneo al Atlántico, están en esta época cubiertas de nieve.

Al principio me parecía muy hermoso el chispeante brillo del sol sobre los picos lejanos, en tanto que hacia el Este se percibía la línea azul del mar, confundiendo con el horizonte. Sí, me extasiaba viendo aquel cuadro tan bello desde mi cómodo asiento; mas pronto se me representó la idea de los viajeros de tercera: ¡no tendrían calor! ¡Infelices!

Entonces pregunté a Papá:

—Papá ¿no sería mejor que hubiera una sola clase para todos los viajeros? Por supuesto, una clase en que todos los vagones fueran cómodos y bien calentados.

—Claro es que sí, hijo mío, me contestó Papá, pero la Compañía o el Estado que explotan los ferrocarriles ganarían menos dinero.

Tú sabes que Papá no piensa como todo el mundo, y viendo que me callaba, reflexionando sobre la respuesta que acababa de darme, añadió:

—Tu observación es justa: no debería tratarse de ganar dinero sobre lo que es de utilidad pública, como los ferrocarriles. En tiempos pasados, hasta para atravesar algunos puentes se había de pagar; en la actualidad ha desaparecido ese abuso. Tiempo vendrá en que todos podrán viajar cómodamente sin pagar su asiento.

Sobre esto . . . pero mamá me avisa que se acerca la hora de recoger las cartas. Termino ésta apresuradamente; pronto te escribiré la continuación de nuestro viaje y nuestra llegada a París. Escríbeme a tu vez, y recibe el saludo afectuoso de tu amigo

PABLO MOLLER.

Cuando la inmensa mayoría de los trabajadores gana menos de lo necesario para vivir, presentarles como salvación el aborro, es un cruel sarcasmo.

Lo que se ahorre a fuerza de hambre en las familias obreras, es pérdida y no ganancia, porque es a costa de la salud y de las energías que precisan para seguir trabajando.